

# Pequeña historia de una gran novela

Claude Couffon

Conocí a Mario Vargas Llosa en París, en 1960. Él tenía veinticuatro años y yo treinta y cuatro. Él acababa de llegar de Madrid con una primera colección de cuentos en el bolsillo, *Los Jefes*, que había obtenido en 1959, en Barcelona, el premio Leopoldo Alas. Entonces vivía no lejos del jardín de Luxemburgo, en la calle de Tournon, en el edificio que también habitaba Gérard Philipe. Pero éste ocupaba un confortable departamento que daba a la calle, mientras que Mario estaba instalado al fondo del patio, en un local encaramado en lo alto de la escalera. Lo que impactaba cuando uno entraba en ese modesto refugio era su desnudez. Sobre una mesa, una máquina de escribir esperaba de cara a la blancura del muro. Yo no sé cómo escriba Mario ahora, pero en aquella época aparentemente necesitaba la pantalla blanca del muro para proyectar en ella sus sueños y las acciones de sus personajes. Sobre otra mesa se apilaban las obras de Sartre, que él descubría y admiraba.

Para ganarse la vida, daba clases de lengua española en la Escuela Berlitz, hacía traducciones para la agencia France-Presse y, sobre todo, por las noches, dirigía junto con Julia Urquidí, su compañera, futura inspiradora de *La tía Julia*, unas emisiones culturales de la RTF<sup>1</sup> destinadas a América Latina. Yo a veces colaboraba con ellos y compartía aquellas horas tardías que el cambio de horario explicaba. Así tuvimos importantes entrevistas con Borges, Carpentier, Octavio Paz, Julio Cortázar... Otros encuentros fueron más chuscos. Aquél, por ejemplo, que tuvimos con el poeta paraguayo Elvio Romero, de paso en París. Teníamos hambre y sed y fuimos pues a cenar antes del programa. Sin duda bebimos un poco más de la cuenta, pues una vez frente al micrófono ninguno de nosotros podía hablar sin soltar sonora carcajada inmediatamente imitada por los demás. Nunca supe cómo fue recibido el programa al otro lado del Atlántico, pero debió provocar cierta sorpresa.

Entonces, yo colaboraba a menudo en la revista *Les Lettres Nouvelles*/Letras Nuevas, fundada y dirigida por Maurice Nadeau, como consejero de literatura de expresión española. En la primavera de 1961 Octavio Paz, Julio Cortázar y yo preparamos un número de la revista consagrado a los nuevos escritores de América Latina. Del desconocido que era todavía Mario Vargas Llosa escogimos un cuento de *Los Jefes*, "El abuelo", que traduje y que se sumó a mis traducciones de otros desconocidos cuyo talento habría de confirmar el futuro: Juan Rulfo ("Macario"), Juan José Arreola ("El guardaguasas"), Juan Carlos Onetti ("Bienvenido, Bob"). Al lado de un relato de Julio Cortázar ("Las babas del diablo") figuraban también poemas de Álvaro Mutis, Alejandra Pizarnik, Jaime Sabines, José Lezama Lima, Humberto Díaz-Casanueva, Javier Sologuren, Fayad Jamis, por citar sólo algunos. Nuestro deseo era mostrar que en América Latina existía una literatura distinta a aquella que se conocía en Francia, menos indigenista, más fantástica, lo que explicaba Octavio Paz en un prólogo brillante y convincente como de costumbre.

Frente a su muro blanco, Mario trabajaba entonces en una novela comenzada en Madrid durante el otoño de 1958, *La morada del héroe*. Cuando se le interrogaba, él respondía: "Escribo", pero, como por superstición, no hablaba del tema. Una tarde del invierno de 1961 me llamó por teléfono: "Terminé mi novela. Me gustaría que la leyeras." Días más tarde yo tenía el manuscrito en las manos. En seguida me sedujo el tono violento de la novela. Visiblemente se trataba de un libro autobiográfico (los adolescentes protagonistas se desenvolvían en el ambiente del colegio militar Leoncio Prado de Lima, donde Mario había estudiado durante los años 1950-1952), pero la imaginación literaria y el implacable dominio de la escritura eran impresionantes. Comenzada al caer la noche, no pude arrancarme de mi lectura sino hasta el mediodía siguiente, tras acabar la última página. Entusiasmado, fui a visitar a Maurice Nadeau con el manuscrito: "Es imperativo publicar esto. ¡Es formidable!" Nadeau me miró: "¿Usted la traduce?" Yo tenía en proceso dos novelas de Miguel Ángel Asturias y no podía hacerlo. "No, pero publíquela. Es una obra maestra." Me fui. Sabía que había convencido a Maurice Nadeau, quien me tenía confianza desde que lo había hecho aceptar *La hondonada*, de Nivaria Tejera, que había tenido mucho éxito.

Pasaron algunos meses. Un día, Mario me llamó por teléfono: "¿Tienes noticias de mi novela?" "No, pero vamos a ver a Maurice Nadeau." Era un jueves, el día en que Nadeau recibía en la revista. Trepamos los seis pisos de ediciones Julliard que, en el número 30 de la calle Université, albergaban la revista. Su sede había sido antiguamente un cuarto de servicio, situado cerca de otro cuarto de servicio que albergaba *Les Temps Modernes*, de Jean-Paul Sartre; ellos apenas se daban cuenta de que tal vecindad me facilitaba los contactos pues yo colaboraba en ambas revistas. A la entrada se encontraba la oficina de Geneviève Serreau, la secretaria, quien recibía a los visitantes. Al fondo, cerca de la ventana, estaba la oficina de Maurice Nadeau. Dejé a Mario platicando con Geneviève Serreau y fui a estrechar la mano de Maurice Nadeau: "Estoy con Mario Vargas Llosa. Le gustaría saber cómo van con la traducción de su novela." Nadeau me miró extrañado: "¿Qué traducción?" Sin esperar más, se levantó y fue a abrir el armario donde se almacenaban los manuscritos. Terminó por encontrar el de Mario, lo abrió, sacó una hoja y se puso serio. Lo que entre nosotros llamábamos "la máscara Nadeau." Sin una palabra, me entregó la hoja. Era un reporte de lectura hecho por una universitaria. En pocas líneas ácidas destruía la obra, calificada como burda novela de un realismo indigesto y sin calidad literaria. Deslicé el reporte en mi bolsillo, puse el manuscrito bajo mi brazo, me despedí de Nadeau e invité a Mario a seguirme. En la escalera lo vi palidecer tras su elegante bigote castaño cuando le

dije: “No la van a publicar.” Y agregué: “Después de todo, más vale que tu libro aparezca primero en español.” Mario dudó: “Imposible. En Perú, los militares se opondrán; y en España, con Franco y la censura...” “No, Se la vamos a enviar a Carlos Barral, a Barcelona. Es un amigo y un gran descubridor que sabe escapar de la censura. Con frecuencia nos intercambiamos descubrimientos.”

Me instalé en el bistró de la esquina a escribirle una carta a Barral, y Mario se fue a casa a preparar el manuscrito. Al cabo de una hora regresó con un paquete mal envuelto. Yo había terminado la carta. Todo fue enviado a través de la oficina de correos de la calle Saints-Pères.

¿Cuánto tiempo habría que esperar? Quince días, según yo, un mes según Mario. El día que me llamó estaba alegre: “Claude, Barral acepta mi libro. Me envió un telegrama. Va a venir a París el próximo sábado y me cita en su hotel.”

Carlos Barral tenía no solamente un olfato magistral; también sabía ser un editor hábil. Presentada en el premio Biblioteca Breve 1962, en Barcelona, *La morada del héroe*, rebautizada *Los impostores* y finalmente *La ciudad y los perros*, fue seleccionada entre treinta y un manuscritos concursantes, premiada “por primera vez unánimemente por los miembros del jurado”. Uno de ellos, José María Valverde, veía en esta “magistral novela” “un ataque frontal contra el mito de la adolescencia” esa edad presentada como la más pura y que, de hecho, “es la que da lugar a la más refinada y desinteresada perversidad del hombre”.

Presentada al año siguiente en el premio Formentor, *La ciudad y los perros*, fue finalista, antes de ser editada en octubre de 1963 por Seix Barral, en Barcelona. Fue entonces que Roger Caillois, miembro del jurado, descubrió la obra y la publicó, traducida por Bernard Lesfargues, en su colección La Cruz del Sur, en mayo de 1966.

Nunca más tuve la oportunidad de traducir a Mario Vargas Llosa, pues a partir de la traducción tan exitosa de *Los cachorros*, Mario permaneció fiel a Albert Bensoussan quien ha sabido dar un brillante aderezo francés a toda la obra de su genial amigo.

Que se me permita, para terminar, agregar a mi relato dos descabellados detalles.

Hace algunos años, cuando lo entrevistaba públicamente en San Maló, Mario me confesó que yo no había sido el primero en traducirlo. De hecho, “El abuelo” ya había sido traducido para una revista confidencial por Georgette Vallejo, la viuda francesa del gran poeta peruano.

Más o menos en la misma época, un litigio insólito me opuso a mi querido y admirado amigo Maurice Nadeau. Interrogado por un periodista sobre sus pasiones y descubrimientos, la memoria del gran crítico falló. Me acusaba de haber rechazado la publicación de *La ciudad y los perros* dentro de su colección. Y, por única ocasión, me vi forzado a contradecirlo.

<sup>1</sup>Radio y Televisión de Francia.